



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Del texto: 2025, Sofía Rhei

© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-589-8

Depósito legal: M-14055-2025

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Sofía Rhei

CAMDEN  
DOWN

loqueleg



*Para Judith Clute, Lisa Tuttle y John Clute.*



Salgo de la casa de Dipankar echando humo. La gente se aparta al verme avanzar a zancadas casi sin mirar por dónde voy. ¡Estoy tan furiosa que se me nubla la vista!

Todavía resuena en mi cabeza la cariñosa voz de Nila, su madre, preguntando, sorprendida, qué ha pasado. Dip seguía encerrado en su cuarto y no respondió. ¡Ni siquiera se ha molestado en contestar a su madre! Aprieto los puños... y camino aún más deprisa.

Seguramente esta haya sido la primera pelea de verdad que Dip y yo hayamos tenido nunca. Y también, desde luego, el primer conflicto con su madre y su hermana delante. Se suponía que íbamos a pasar la tarde juntos y que después cenaríamos con su familia, como hemos hecho tantas veces... Pero no ha sido así.

Sacudo la cabeza, algo arrepentida de haberme ido de esta manera. Cuando los visito, Nila le echa mucho menos picante a la sopa de lentejas amarillas, lo que es un tremendo gesto de cariño, porque seguro que a ellos les resulta sosa. Y también creo que cocina más platos de lo habitual, como las frituras dulces, porque sabe que

me encantan. Con el poco tiempo que le dejan sus dos trabajos...

Durante unos segundos me planteo regresar y pedir disculpas. No me gustaría mostrarme desconsiderada. Pero entonces me restalla en la memoria la horrible actitud de Dip... y otra vez me arde la cabeza. No, no es buena idea volver estando aún tan enfadada. Solo empeoraría la situación.

8 Dipankar ha sido mi mejor amigo desde que tengo memoria. Hemos ido juntos al colegio y al instituto, al menos los días en los que yo me paso por allí, y además hemos compartido trillones de aventuras. Hemos explorado todos y cada uno de los recodos, pasillos secundarios y pasajes ocultos, y por aquí hay unos cuantos de esos. La casa de Dip es mi tercer hogar después de la de mis abuelos, donde vivo, y la de mi bisabuela Portia. Las tres están muy cerca del mercado.

Lo cierto es que no tengo ni idea de qué mosca le ha picado. Propuso que hiciéramos una lista de películas, que es uno de nuestros pasatiempos habituales. Uno de los dos escoge el tema más raro del mundo e intentamos acordarnos de qué películas o series podrían entrar en esa categoría, pero esta noche no me apetecía. Luego surgió que dibujáramos un cómic, como hacíamos de pequeños. No, gracias...

Entonces se puso nervioso y empezó a bombardearme con una idea tras otra, ya no sabía qué inventarse, pero tanta ansiedad me estaba empezando a saturar de verdad. Así que lo miré a los ojos y le dije: «Oye, ¿y por qué

tenemos que hacer algo juntos? ¿Por qué no pensamos cada uno en nuestras cosas?».

No pretendía despreciar sus propuestas o su compañía, pero supongo que es lo que hice. Él se enfadó en serio. Me echó en cara que llevaba tiempo ignorándolo, dijo que era como si me considerase demasiado interesante para él. Yo no entendía nada, nunca lo había visto estallar así. Parecía una pesadilla extraña, de esas en las que los conocidos se comportan como nunca lo harían. Solo que esta vez se trataba de la vida real.

9

Dip escupió una lista de todo lo que le había molestado de mí en las últimas semanas, sin ningún filtro. Que solo pienso en incluir a más gente en nuestro grupo porque me aburro con él, que estoy siempre distraída, como si ya no me importara lo que dice. Que me paso el día de charla con Jeong y no me muevo de su puesto. Que parece que quiera convertirme en una persona como todas las demás, y llevar ropa de mayor y crearme que ya estoy de vuelta de todo. Y algunas de las cosas horribles que dijo eran completamente injustas: había interpretado mi comportamiento o mis palabras de la peor manera posible. Así que se me agotó la paciencia.

—Mira, no es culpa mía que pretendas ser un adolescente durante toda tu vida —le solté, con bastante sequedad.

No me gusté a mí misma al oír mi voz, aunque necesitaba que dejara de gritarme y no se me ocurrió nada más. Debería haberle dicho que quizá hubiera algún motivo para haberme comportado así, algo que no

necesariamente tenía que ver con él. Pero siempre es fácil pensar lo que una debería haber dicho cuando la oportunidad de hacerlo ya ha pasado.

—¿Es eso lo que ocurre? —se burló de mí—. ¿Tanta prisa tienes por ser mayor? ¿Qué pasa, que quieres que te acepten en la pandilla de Omario para ser como Sabara?

10 Omario es un chico sin oficio ni beneficio que es el novio de Sabara, y Sabara es la persona que peor nos cae del mundo entero. Va dos cursos por delante de nosotros, pero parece que tiene siete años más por todo el maquillaje que lleva y los comentarios malvados que va soltando. Es lo más parecido que conocemos a una archivillana y realmente no era necesario compararme con ella. Aun así, Dip lo hizo, y además utilizó un tono de voz horrible, ridiculizando la feminidad exagerada de ella como si yo fuera así o quisiera serlo. Me dio un escalofrío pensar en lo poco que me conocía. No me merecía eso.

Me levanté, me puse el abrigo y me fui sin decir nada.

Al principio, supongo que estaba tan sorprendido que no pudo reaccionar. Pero cuando yo ya iba por el descansillo se puso a gritar de nuevo:

—¡GENIAL! ¡Pues nada, vete! ¿Qué te piensas, que quiero que te quedes? ¿Que te voy a suplicar? ¡No te necesito!

Sin embargo, su voz sonaba tan desesperada como si hubiera gritado exactamente las palabras opuestas.

Al salir a la calle helada siento alivio.

Me encanta la familia de Dip, Nila y Moonam. Las dos son cariñosas, no opinan sobre mi vida y todo lo que hago les parece bien. Son de las pocas personas que conozco fuera del mercado que no me juzgan por ser «esa chica que se salta tantas clases» o «la pobre niña sin padres» o «la rara», algo que les agradezco infinitamente. Para ellas solo soy Wynne. Pero a lo mejor esta noche necesitaba estar sola y no me he dado cuenta a tiempo.

No quiero volver a casa, porque la abuela Alice me preguntará qué ha pasado y entonces tendré que contarles a ella y al abuelo la manera tan injusta en la que me ha hablado Dip, y eso es lo último que necesito en este momento. Voy repasando mentalmente qué es lo que he podido hacer para que se ponga así conmigo, y no se me ocurre nada. ¿Qué era todo eso de querer meter a más gente en el grupo? Lo único que le he comentado últimamente es que quizá podríamos invitar a algo a la chica de la tienda de flores. No tengo ni idea de por qué ha reaccionado de semejante manera.

11

Sacudo todo eso de mi mente, no pienso dejar que su enfado me estropee la tarde. Echo a andar por Chalk Farm Road mientras trato de poner un poco de orden en el torbellino que tengo ahora mismo en lugar de cabeza, pero no he dado ni diez pasos cuando caigo en que no es seguro estar al aire libre con este frío. Así que hago lo de siempre: buscar refugio en el mercado de Camden Lock.

A veces oigo a la gente decir que lleva «toda su vida» en el mercado. Sin embargo, la única persona del mundo

que de verdad puede presumir de ello soy yo. Nací literalmente dentro de estos muros y he vivido aquí desde entonces. Mi habitación está en uno de los áticos que dan al East Yard, el patio del lado este, y desde mi ventana se ve el canal.

12 Mis amigos dicen que es increíble y envidian mi suerte..., pero para mí es lo normal. Es como siempre han sido las cosas en mi vida: llenas de color, creatividad, extrañeza. De hecho, cada vez que salgo de aquí, lo que no sucede a menudo, los demás lugares me parecen insoportablemente aburridos. Pálidos, vacíos, sin razón de ser.

Mi familia regenta una de las librerías y lleva en el mercado desde el principio, en los años setenta del siglo pasado. No me acuerdo de mis padres, pero sé que también eran libreros. Fueron engullidos por el esmog cuando la gente no sabía cómo protegerse de él. Mis abuelos no suelen hablar de ellos. Supongo que les pone tristes acordarse de que su hija ya no está.

La gente da por supuesto que yo también debería estar triste por haber perdido a mis padres, pero no se puede echar de menos lo que no se ha conocido. A veces incluso me siento culpable por no extrañarlos más. He visto muchísimas fotos de mi madre, pero solo algunas en las que salga él, Anthony. Los dos aparecen jóvenes y guapísimos, al contrario que yo, y no tienen pinta de padres en absoluto. Ni siquiera me parezco a ellos.

Aun así, en cierto modo siento como si..., siento como si mi madre siempre estuviera por aquí, protegiéndome. Es una sensación extraña, pero prefiero tenerla a

sentirme melancólica y volverme gótica. No es que tenga nada contra los góticos, por aquí hay un montón, es interesante hablar con ellos y algunos nos compran muchos libros. Solo que es un virus que no quiero pillar, por si acaso.

«Camden es el hogar de los que no tienen ninguno», suele decir mi abuelo John. Y tiene toda la razón. Absolutamente cualquiera, viejo o joven, rico o pobre, sano o enfermo, loco o cuerdo, puede convertirse en una pieza de nuestro increíble mosaico.

Camino bajo los grandes arcos de ladrillo del puente, tratando de decidir cuál de las tiendas será mejor para refugiarme del frío y tener una buena charla. El mercado es conocido por su gran variedad de objetos sorprendentes: velas de fuego verde o morado; una ropa y artesanías increíbles, llegadas de todo el mundo; maquillaje con nanotecnología que puede pigmentar la piel o el pelo, o hacer que se ilumine desde dentro... En las cibermazmorras puedes conseguir que te tatúen un circuito que funcione de verdad, o que te borren el acento. Y luego están las tiendas dedicadas a la ciudad de Londres y su historia. Algunas están especializadas en artistas como Shakespeare, Morris o Blake (parece que hace falta llamarse William para ganarse la gloria en este país), donde puedes encontrar desde pendientes con poemas y pinturas hasta ropa como la que llevaban, el tipo de papel en el que trabajaban o el jabón que usaban. También hay tiendas para coleccionistas que solo venden un tipo de artículo, como la Cascanuecería o el Luniverso.

Por mi parte, las tiendas que más me gustan son las que se comprometen con una causa, como el Ecoactivista, donde se pueden adquirir bombas de semilla y todo tipo de artículos para la guerrilla verde, la Sociedad de Observación de las Aves, el pasillo de muebles y objetos reciclados o la tienda de objetos veganos, donde todo lo que se compra tiene la garantía de estar libre de crueldad animal.

14 Paso por la Compañía de Tecnología Victoriana a saludar a Félix, que lleva puesto su clásico sombrero de copa con alas doradas. Félix es de Argentina, ha vivido en muchos sitios y tiene historias maravillosas acerca de todos ellos. Normalmente me quedaría horas con él preguntándole sobre las ciudades y lugares que conoce, porque los describe tan bien que es como si estuvieras allí, e incluso te hace saborear las comidas locales. Pero hoy su acento me da ganas de ver a otra persona.

Después charlo un rato también con Delia, de la tienda de pendientes con obras de arte en miniatura que pinta ella misma, y con el señor Ackley, que debe de ser el más anciano de los comerciantes. Me encanta oírle contar historias de cuando el mundo era distinto.

No tengo ganas de esforzarme en entablar conversación con alguno de los recién llegados. En una tarde como esta, lo que me apetece es buscar a alguien de los de toda la vida y que me cuente las mismas historias de siempre..., aunque la verdad es que ni siquiera para eso estoy de humor.

Solo hay una persona con la que me apetecería pasar el tiempo. Es... el ser humano más diferente al resto que

nunca he conocido. Sí, eso es, no sabría cómo expresarlo. Es radicalmente distinta de cualquier otra persona del mundo, de una manera que no acabo de comprender ni puedo describir.

Ahí la tengo, justo delante de mí. ¿He llegado hasta su tienda sin darme cuenta? No. Creo que más bien he venido a espiarla como la acosadora secreta en la que quizá me esté convirtiendo. Está cortando los tallos de los lirios de papel, porque todas las flores del mundo son ya de papel, al menos las que pueden comprarse sin gastarse una fortuna. Trabaja en la floristería de la entrada, que pertenece a Eunice, El Jardín de Polifilo, a la que se incorporó hace dos semanas, aunque para mí han sido algo así como dos años.

La verdad es que me he sentido muy confusa. Los primeros días ni siquiera sabía qué era lo que me estaba pasando, por qué esa chica me llamaba tanto la atención y por qué me alteraba tanto su presencia. Nunca me había sucedido nada parecido. Luego lo comprendí, por fin, pero eso tampoco ayudó mucho. Los síntomas no hicieron más que aumentar.

La primera vez, ella estaba simplemente allí de pie. Creo que acababa de hacer la entrevista con Eunice y aún no sabía si le darían el empleo. Parecía nerviosa, algo que resultaba tan evidente como la dulzura de su carácter. Bastaba una mirada para darse cuenta.

Sonreí y me acerqué para saludarla, como habría hecho con cualquier otra recién llegada más o menos de mi edad. Y entonces... comprendí que no era capaz.

Una especie de miedo paralizante me anclaba los pies al suelo.

Desde ese día, no he sido capaz de dirigirme a ella. Pero todas esas palabras que me han ido creciendo dentro, todas esas conversaciones imaginarias no dejan de dar vueltas en mi cabeza como un enjambre de moscardones.

16 Hoy lleva el pelo atado con una banda de tela, exactamente igual que Mary Wollstonecraft en el retrato que se encuentra en la New Tate Gallery. Es ese edificio de contenedores de metal en Albany Street donde se han rescatado los cuadros más importantes tras el colapso de todo el Bankside. Su cabello es rizado y de color gris, supongo que se lo sujeta de ese modo para que no la moleste mientras lee. Casi siempre lleva un libro en la mano.

No quiero que me sorprenda espiándola como una idiota, así que me alejo varios pasos, y, al hacerlo, los pensamientos sombríos regresan.

Puede que Dipankar tenga razón acerca de mí y que su enfado no haya sido solo culpa suya. Quizá últimamente no sea la mejor amiga del mundo. Es posible que mi actitud haya cambiado bastante en estas dos semanas, porque en cierto modo me siento distinta, como si me hubiera caído encima un rayo invisible.

¿Por qué yo? ¿Por qué he sido elegida entre toda la gente del mundo para albergar esta sensación tan extraña e incómoda pero maravillosa hacia una completa desconocida?

Y... ¿por qué ella? Apenas la he oído pronunciar palabra y nunca se ha dirigido a mí. Por supuesto que tiene

el acento latino más encantador que existe, pero en esta colmena que es Londres hay miles de acentos fascinantes. Es mona, a su estilo despistado, aunque también veo guapos a la mayor parte de mis amigos y eso no hace que el suelo me dé vueltas cuando quedamos. No entiendo qué puede haber en ella que me parezca tan rotundamente distinto, eso que me obliga a prestarle una atención desmesurada. Por qué mi curiosidad se centra en ella hasta el punto de que el resto del mundo se desdibuja.

Me voy de allí, incapaz, de nuevo, de entablar conversación con ella. Salgo del mercado y cruzo el puente que atraviesa el canal. Camino todo lo deprisa que puedo para evitar congelarme.

Desde el puente veo mi sauce y eso basta para devolverme un poco de calorcito, para hacerme sentir más en paz con el universo. En los últimos años se han perdido muchos árboles a causa del esmog y de las nuevas enfermedades sintéticas. Pero mi sauce, el que llevo observando desde mi ventana toda la vida, resiste, como si una magia interior le permitiera convertir la contaminación en un verde luminoso.

Sonríó a mi árbol con gratitud y sigo mi camino hacia casa de Portia, donde seguro que me espera una cena calentita. Siempre cocina de más solo por si acaso.

18 La colorida Camden Town también tiene un lado oscuro. Ya sé que todos los sitios poseen sus propias leyendas urbanas, pero aquí hay un número exagerado de ellas. La mayor parte no me resultan verosímiles, como la de los sapos grises y enormes que te miran fijamente y te convencen para que te tires al canal, porque nunca he visto ninguno. Tampoco me creo que la niebla de este lugar vuelva locos a los jóvenes artistas, más bien pienso que ya vienen así de casa. O eso de que en Camden Lock acechan fantasmas de épocas antiguas, porque supongo que, si existieran espíritus con cuentas pendientes, tendrían mejores cosas que hacer que molestar a los artesanos y a los turistas. Y lo que menos me creo, con diferencia, es lo de los pasadizos secretos. Después de llevar aquí toda la vida, explorando cada rincón, estoy segura de que no hay ni un palmo de terreno que yo no conozca.

En cambio, luego está todo lo que sé que es verdad, porque mi familia estaba allí y lo vio con sus propios ojos. Todas las historias sobre los músicos, los pintores y los personajes famosos que vivían aquí, sus excentricidades

y sus respuestas ingeniosas. Mi familia siempre ha sido amiga de las personas más interesantes, y aún lo sigue siendo. También hay otras historias inquietantes, como la de un hombre muy grande que aparece de vez en cuando y al que todo el mundo evita; siempre viste un abrigo viejísimo de color piedra. Ronsard y Félix me han dicho varias veces que jamás me acerque a él.

Portia, mi bisabuela y mi persona favorita en el mundo, es a quien voy a ver cada vez que estoy agobiada o no sé qué hacer. Cuando era pequeña me contaba unos cuentos un tanto inquietantes. Nunca los leía, no sé si se los inventaba o si se acordaba de lo que le decían a ella sus padres. Daban un poco de miedo y la mayor parte tenían lugar en Camden o en Kentish Town. Las historias que más recuerdo hablan de una bruja más vieja aún que todos estos edificios, llamada Madre Red Cap. Se supone que va vestida de andrajos y que solo puedes verla si ella quiere que lo hagas. Unas veces ayuda a quien lo necesita y otras se muestra cruel sin razón aparente. Esos cuentos eran siempre sorprendentes y absurdos, y a Dip y a mí nos encantaban.

19

*Si crees que todo va a salir mal,  
sigue al murciélago, no esperes más,  
llama a la puerta de Madre Red Cap.*

Dip siempre ha pensado que esa bruja es un personaje de ficción, pero Portia aseguraba que no. Cuando era muy pequeña, a veces me parecía verla cuando nadie miraba, siempre que Dip no estaba. Él creía que lo decía para llamar

la atención o para asustarlo, pero yo no mentía. Una vez le pregunté a la abuela Alice si era de verdad y ella no contestó, que es lo que hace cuando no quiere hablar de algo.

20 Aunque ya no soy tan pequeña, a veces me parece ver, por el rabillo del ojo, a una anciana con un chal gris de lana y un sombrero rojo. Sin embargo, estas son prendas bastante comunes. No sé si es que en el fondo me gustaría creer que hay un personaje de cuento por aquí, aunque alguna vez he intentado mirar a alguna de esas mujeres a los ojos y me han dado escalofríos. Demasiada sabiduría o demasiada locura. No sé si esa bruja será lo que dicen que es, pero, por si acaso, no me arriesgo a asegurar que esta leyenda en concreto sea mentira. A fin de cuentas, soy una hija de Camden.

Ser una hija de Camden significa que me ha criado la enorme familia que trabaja aquí. Siempre me he sentido arropada y cuidada por toda esa gente, casi como si los fuertes brazos de ladrillo del mercado mismo me abrazaran para protegerme, para recogerme si me cayese o guiarme si me perdiera. Félix, Sarah, Delia, Eunice, Ron-sard... me han tratado en todo momento como si fuera su propia sobrina, e incluso me han consentido con caramelos y regalitos cuando la abuela Alice no los veía. Siempre he sentido que esta gran familia me aceptaba tal y como era, y por eso no tengo la necesidad de demostrarle mi valía a nadie, empezando por los profesores del instituto.

Portia vive en la gran casa morada que hay en la esquina de High Camden Street. Ella y mi difunto bisabuelo la compraron cuando los edificios del mercado todavía eran

unas cuadras abandonadas desde hacía años. Le gusta mucho hablar de cómo era el barrio entonces, de cómo los promotores decidieron transformarlo en un mercado y a ellos se les ocurrió poner una pequeña librería de segunda mano. Al principio eran tan solo unas cajas en un puesto, al que llamaban «Flute Stall». El nombre no cambió cuando esa parada se transformó en una librería con paredes y techo. En esos primeros tiempos, el mercado solo abría de viernes a domingo, así que trabajaban allí tres días y pasaban el resto de la semana buscando gangas en mercadillos y tiendas de beneficencia, incluso fuera de Londres. Sabían cuáles eran los libros que les interesarían a sus clientes. Llevaban una vida bohemia que les encajaba perfectamente con lo que les gustaba.

21

Mi bisabuela y su casa son tan parecidas y tan inseparables que, si algún día tuviera que mudarse, estoy segura de que a la casa le saldrían patas y se iría con ella. Igual que mi bisabuela, es un edificio acogedor y siempre abierto, y por dentro no tiene paredes. Bueno, supongo que estarán ahí, pero no se puede ver ni un centímetro de ellas, ni siquiera se sabe de qué color son. Están completamente tapizadas de libros, cuadros, discos, cajitas, esculturas y curiosidades. Sin embargo, no da sensación de agobio. Los objetos tienen su sitio perfecto, conquistado a lo largo de los años como si cada uno supiera que no podría existir ningún lugar mejor en el mundo para ellos. Están en su casa.

Portia presume de tener libros sobre cualquier tema, y a veces le gusta que la pongan a prueba. Muchos libreros

también son coleccionistas de libros, y mis bisabuelos tuvieron tiempo y ocasión de ir recolectando todas sus joyas desde los años setenta, sus «tiempos felicísimos», como los llama ella. Solo conservaban en la casa los libros que de verdad merecían la pena, los que eran de verdad difíciles de conseguir. Una vez mi amiga Jeong me preguntó cuánto valdría la colección si se decidieran a venderla... Yo no tenía ni idea, pero le dije que estaba completamente segura de que a mi bisabuela jamás se le pasaría por la cabeza vender sus libros. Se acuerda de dónde y cómo adquirió la mayor parte de ellos, y en cada uno de sus libros sigue recordando a su marido.

Tengo llave de su casa. Cuando necesito estar sola para pensar, o porque el mercado está en uno de sus días ruidosos, vengo a la casa morada. Portia tiene edad para estar jubilada, pero sigue trabajando como guía del barrio para los turistas. Es la mejor de todos, no solo porque le encanta la historia y ha leído muchísimo, sino porque lleva viviendo aquí desde hace más de medio siglo. Y tiene una sabiduría que no puede obtenerse en los libros.

Así que me deslizo en la casa y estoy a punto de saludar cuando oigo la voz de la abuela Alice. Su voz de regañar, para ser exacta. La relación que Alice tiene con Portia es un poco paradójica, porque normalmente se comporta como si ella fuera la madre y no la hija. Esta es una de esas veces.

—¿Cómo puedes ser tan inocente, tan irresponsable? ¡Ya hemos hablado de esto! Pero nada, una y otra vez, tú sigues metiendo en tu casa a este tipo de gente.

—Alice, por favor, baja la voz. Era una emergencia.

—Por supuesto, madre. Todos tus rescates son situaciones de vida o muerte.

—En cierto modo todos lo son, pero en este caso era realmente así. Lo abandonaron en mitad de la calle escarchada, desnudo y con una parálisis derivada con toda probabilidad de las drogas. Tenía fuertes signos de hipotermia y, según Bree, habría muerto en la hora siguiente si nadie lo ayudaba.

Oigo que Alice suspira. Portia sigue con su réplica:

—No habla ni una sola palabra de inglés, no lleva ningún tipo de documentación y seguramente se trate de una de esas personas «ilegales», como tanto les gusta decir. No voy a ser parte de un sistema que considera que las personas se pueden devolver, como los calcetines defectuosos.

—Madre, vivimos en un país con servicios sociales, como tu querida amiga Bree sabe muy bien, porque da la casualidad de que trabaja en ellos. Y estos servicios son los que deben ayudarlo, es su obligación y no la tuya. De hecho, me maravilla que esta amiga tuya doctora te anime a que metas en tu casa a desconocidos, en lugar de denunciarte por secuestro.

—Ya sabes que ellos no dan abasto...

—Déjame acabar. Este chico es probablemente menor de edad, está más pálido que el alabastro y no me sorprendería que se te muriera de malnutrición ahí mismo, en la alfombra persa.

Se hace un silencio.